

Política española: de la apatía al vendaval

Hasta hace poco, España parecía políticamente adormilada: sólo con ocasión de algunas reformas se producían movilizaciones y debates colectivos de relieve. De pronto, ríos de personas llenan las calles, las radios y las televisiones se nutren a todas horas de imágenes propias de una sociedad ultrapolitizada, se revientan actos académicos en las universidades, se enarbolan pancartas en el congreso, se presentan con pegatinas en entregas de premios, llenan Internet de correos electrónicos y nos urgen a manifestarnos. ¿Cómo explicar este repentino cambio? Habrá que indagar las causas tanto de la apatía como del vendaval político que le ha seguido.

Hasta hace unos meses, España parecía políticamente adormilada: sólo con ocasión de algunas reformas (LOU, LOCE, Decretazo) o de manifestaciones por la libertad en el País Vasco se producían movilizaciones y debates colectivos de relieve. Los sociólogos explicaban esta somnolencia por dos causas convergentes en el tiempo: las generaciones adultas, tras el fervor de las primeras experiencias

democráticas, se estaban desinflando; las nuevas generaciones, antes de haber gustado de la experiencia política, se habían instalado en la comodidad, tornándose incapaces de adquirir compromiso alguno que signifique salir de sí mismo y entregar tiempo y talento a las tareas públicas. De pronto, a partir del último tercio de 2002, ríos de personas llenan las calles, las radios y las televisiones se nutren a todas horas de imágenes propias de una sociedad ultrapolitizada. ¿Cómo explicar este repentino cambio? Habrá que indagar las causas tanto de la apatía como del vendaval político que le ha seguido.

Las múltiples causas del desencanto político

La despolitización no ha sido un fenómeno exclusivamente español sino mundial. Las encuestas europea sobre valores, realizadas por la fundación *European Values Study*, venían revelando desde 1980 y confirmaron en 1999 que en todo el continente iba decayendo el compromiso político, tras haber alcanzado su cenit en los años inmediatos a la revolución estudiantil de 1968.

Las causas principales, recíprocamente reforzadas entre sí, fueron las siguientes:

Los más activos jóvenes del «68» han terminado siendo asimilados por el sistema. En 1980 las utopías de la Sorbona («Sed realistas, pedid lo imposible, proponérselo es hacerlo posible»...) se habían ya esfumado en gran medida y, con excepción de algunos «verdes» y «pacifistas», no habían aparecido nuevos líderes que concitaran adhesiones masivas. La primera causa del debilitamiento político de la sociedad podría obedecer, por tanto, al cansancio natural de una cuerda que se había tensado demasiado.

El desmoronamiento del bloque del Este (1989) produjo una gran decepción. Para muchos ciudadanos significó una frustración vital, la experiencia de haber luchado para nada. Este sentimiento se expresó con palabras tan simples como elocuentes: «¿No será verdad que hemos perdido todo el siglo XX para la causa de la humanidad?». Muchas personas, sobre todo jóvenes, sufrieron un terrible desencanto, primero por carecer de antagonista real al que agarrarse para ejercer la

crítica eficaz al sistema capitalista y, en segundo lugar, porque descubrieron de golpe la gran mentira que encerraba un sistema teóricamente más solidario. Desde entonces se viene hablando insistentemente de la crisis la izquierda, que, aun en sus manifestaciones más críticas, seguía mirando al socialismo real como el único anticuerpo del capitalismo, como mecanismo intelectual de concientización y, eventualmente, como banderín de enganche en el que se cobijaban los opositores al franquismo y al que se acercaban no pocos militantes de los movimientos especializados de la Acción Católica, sobre todo la JOC, la HOAC y la JEC. La caída del muro de Berlín significó de algún modo el derrumbe de una de las paredes de su casa.

La seducción del sistema ha actuado como vacuna adormecedora del compromiso político. La comodidad se ha erigido en el primer bien deseado, el individuo como la primera referencia. «Lo mejor que pueden hacer los pobres es someterse al sistema; si no lo hacen, siempre serán pobres», es una máxima frecuente, que castra en su raíz la posibilidad de engendrar, no ya el compromiso político, sino incluso el grito contra la injusticia. Asistimos a una expansión sin precedentes del hedonismo y del individualismo. Una encuesta reciente entre jóvenes del último año de Bachillerato y dos primeros cursos de universidad ha revelado que sus primeras aspiraciones son tener un trabajo bien remunerado y un nivel de vida elevado. Evidentemente esta jerarquía de valores es el terreno idóneo para la apatía política.

Los partidos clásicos han perdido atractivo. Muchos de ellos funcionan como estructuras cerradas en las que la nomenclatura decide y el militante apenas cuenta. Si, además, como es el caso de España, la ley electoral establece listas cerradas y bloqueadas, se constituye una partidocracia en la que «el que se mueve no sale en la foto». Ello ahuyenta la participación de los espíritus independientes.

Se han oscurecido los líderes políticos que hasta hace poco marcaban líneas a seguir. Muchas figuras (políticos e intelectuales comprometidos), que ejercieron gran influencia en las décadas pasadas, carecen hoy de atractivo. A Olov Palme se le reprocha el haber pospuesto las reformas al ritmo de la evolución natural de la economía sueca; a Tony Blair no

Se le perdona que, con su Tercera Vía, ha destruido los andamios del Estado de Bienestar y lo ha reducido a una simple red para casos de emergencia. A Mitterrand se le airean algunos trapos sucios; a Sartre se le acusa de haber infectado de individualismo a toda una generación. En la sustitución de estas figuras han proliferado los teóricos del fin de la historia, del pensamiento débil y de la identidad global.

Apoliticismo y apartidismo

El porcentaje de afiliados a algún partido político es inferior al 5 por ciento y sólo unos pocos miles tienen militancia activa. La asistencia a mítines y actos públicos de los partidos es mínima. En general, los organizadores deben utilizar todos los recursos del marketing para atraer asistentes y, además, tener mucho cuidado al elegir los locales para que no se note demasiado que no se llenan, excepto en contadas ocasiones como la celebración en la plaza de Vista Alegre del 25º aniversario de la llegada del PSOE al poder.

Entre la juventud, según las sucesivas encuestas efectuadas por la *Fundación Santa María* y otros estudios, el porcentaje de afiliados es aún inferior y la desconfianza en los partidos mayor. Los actos de partido en la universidad, incluso cuando asisten los máximos dirigentes nacionales, tienen un éxito reducido, y los actos políticos convocados por los estudiantes son en la actualidad menos de un tercio de los que se celebraban en los años ochenta.

Los sindicatos, sin tener forzosamente que actuar como cadena de transmisión de ningún partido, han sido centros de formación y de acción política. Pero actualmente están sumidos sumidos en un dilema existencial: dar prioridad a la recogida de recursos, lo que les lleva a sostener el sistema capitalista –su enemigo de origen– o dar prioridad al reparto con riesgo de que se resienta la recaudación y haya poco que repartir. Hasta que este debate no se clarifique o se propongan modelos sindicales claramente diferenciados, la afiliación y la confianza en los sindicatos no llegará a ser muy grande.

rente a la desafección de los partidos, el número de personas, sobre todo jóvenes, que promueven o se afilian a alguna ONG se ha multiplicado

por cuatro desde 1980. Sólo en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid había en el año 2001 más de 300 jóvenes que pertenecían a alguna ONG. A primera vista, parecería legítimo afirmar que los jóvenes no se han despolitizado, pero muchos de ellos sí se han hecho recelosos respecto a los sindicatos, a los partidos y, sobre todo, respecto a los políticos profesionales.

El vendaval

Esta calma chicha que venimos describiendo se ha roto casi de repente. Una catástrofe, la del *Prestige*, y una tragedia, la guerra de Irak, han actuado como aguijones, y han brotado como por ensalmo manifestantes, plataformas, programas, huelga general, acoso y derribo. Los medios de comunicación son cruce continuo de fuego político. Las tertulias se acaloran, los ciudadanos discuten tomando café, toda España parece un club jacobino.

El parlamento está siendo sustituido por la calle, unas veces porque el gobierno se niega a llevar a él las cuestiones que deberían ser controladas por la cámara y, otras veces, porque la oposición mete la calle dentro de las Cortes. Las formas callejeras, incluso las groserías, toman asiento o micrófono en el hemiciclo. Esto no es resurrección de la acción política sino una degradación de ella. Así, el enorme ruido del vendaval no deja oír, ni a los unos ni a los otros, la más silenciosa fuerza de la razón y de los argumentos.

Reflexiones en calma, pero no para la calma

El asunto de Irak es un tema mayor, que justifica las movilizaciones y las tomas radicales de posición porque hay implicadas cuestiones fundamentales de ética, política y economía. El asunto del *Prestige*, no siendo de la misma naturaleza, fue también lo suficientemente grave como para justificar las movilizaciones.

Pero tememos mucho que, pasados estos dolorosos estímulos, la apatía política vuelva a instalarse en nuestra sociedad. Somos más dados a vivir con paroxismo el momento que a mantener una actitud media elevada. Muchos reaccionan políticamente del mismo modo que ante los damnificados de un

tifón o de un terremoto: extraordinariamente solidarios en las semanas inmediatas e indiferentes después. Desgraciadamente, entre los ciudadanos y los partidos, carecemos de cuerpos intermedios (clubes, asociaciones, gabinetes de estudio, fundaciones no partidistas) que fueran los sostenedores cotidianos de la tensión política.

En todo caso, el vendaval ha puesto de manifiesto la fractura o las fracturas que sufre España en estos momentos. La fractura entre el gobierno y la opinión pública, que, a tenor de las encuestas, lo censura en porcentajes superiores al 80 por ciento. La fractura entre el PP y el PSOE, que, hasta ahora, se daban la mano en política exterior y que ahora se niegan el saludo. La fractura dentro de las conciencias, lo que produce una verdadera esquizofrenia ético-política: muchos miembros del PP no pueden asumir en conciencia la postura de su partido; algunos de la oposición creen que su conciencia les sitúa en el lado opuesto a sus intereses. Por otra parte, unos y otros advierten la complejidad de la situación y el efecto que las posiciones actuales tendrán para el futuro de España.

Otra reflexión nos deja el vendaval: lamentablemente se han introducido ráfagas de provocadores que han recurrido a todo lo que, saben, provoca desorden, represión o miedo. Flaco servicio han hecho a la causa de los cientos de miles de españoles que, de buena voluntad, han desfilado por la paz o el medio ambiente. Deberán aclararse todas las conductas: la de los energúmenos que han asolado lunas y vehículos, la de la policía y la de los partidos que no desautorizaron desde el primer momento tamaños desmanes.

Tampoco se puede aislar el vendaval del contexto político interior y exterior. Sin la proximidad de las elecciones, sin la incertidumbre sobre el sucesor de Aznar, sin la necesidad de oscurecer algunos debates internos de los partidos, sin el soplar partidista de muchos medios de comunicación, el vendaval no hubiera tirado tantas farolas. Todos deberíamos recobrar la calma no para adormecer la acción y la participación política sino para someterla a los cauces de la sensatez y la razón. ■